

*LIBRO DE HORAS*

(Madrid, Calambur, 2000)

**10'00 HORAS**

LAS HORAS EN EL DESPACHO SON UNA Balsa EN EL ACEITE DE TU DESPEDIDA.

Me alejé de tus labios

con el sabor del beso de Judas en mis labios.

Me alejé de tus brazos

con el tacto de la última sesión de tortura de mis brazos.

Me alejé de tu cuerpo

que aún conservaba en sus costados el amargo olor de mi cuerpo.

Huí esta madrugada de las sábanas de tu recuerdo,

de las mantas de tu recuerdo

con la esperanza de que me tragara la tierra...

...pero no había tierra que tragar.

Y ahora,

(como siempre)

te recuerdo,

dejo volar las horas en el despacho

para conocerte en la distancia y para que me conozcas en mis versos,

para que me escuches cuando no te hablo, para inventar tu voz en el teléfono,

para estar juntos a pesar de la distancia, para ser ya que no estamos,

para pensarte al menos veinticuatro horas al día, para no pensarte más de veinticuatro horas,

para volverme loco,

para estar loco,

para nunca dejar de estar loco,

para darte las buenas noches y para encontrarte en los buenos días a mi lado,

para desayunarnos juntos, para comernos juntos las sobras de tanta compañía,

para no cerrar nunca los ojos sin haber mirado una vez más tus ojos,

para que no cierres nunca los ojos sin haber recordado el color de mis ojos,  
para hablar sin palabras, para escuchar sin sonidos, para tocar sin caricias,  
para hablar con caricias, para escuchar con palabras, para tocar con sonidos,  
para esconder tu nombre en una sopa de letras, para sorber el caldo de tu saliva,  
para mancharme los dedos con la tinta azul de las letras de tu nombre,  
para mancharme las manos, para mancharme los brazos y las piernas,  
para no lavarme jamás, para robar en un frasco tu aroma y tu aliento,  
para respirarte a cada golpe de pulmón y para sentirme entonces respirado,  
para imaginarte leyéndome, para soñar que me imaginas escribiéndote,  
para callarme, para callar este grito de espinas en el nido de mi garganta,  
para no oírte, para oír los silencios de tu pecho mientras duermes,  
para destrozarme las uñas, para desgastar con mis dedos tus manos de pianista,  
para emborracharme con tus adjetivos, para que te emborraches con mis verbos,  
para que siempre pienses en verde, para que siempre pienses en mí,  
para recorrer tus carreteras, para que tú recorras mis senderos,  
para llorar en tus brazos, para que llores arropada por mis brazos,  
para intentar olvidar todas las palabras inútiles que te he escrito,  
para intentar imaginar todas las palabras inútiles que aún no te he escrito,  
para callar nuestro secreto, para gritar a los cuatro vientos nuestro secreto,  
para intentar no mentirte, para convencerme que es posible no mentirte,  
para que me mientas, para que cada una de tus palabras esconda una mentira,  
para que me reflejes en un espejo de feria, para que me reflejes aunque sea transparente,  
para intentar reflejarte,  
para aceptar que nunca seré capaz de reflejarte,  
para compartirte,  
para no compartirte nunca,  
para no compartirte con nadie,  
para raptarte a la salida del trabajo y pedir tu vida como rescate,  
para secuestrarte a la salida del trabajo y perder en tu mirada la memoria,  
para recordarte,  
para recordarte,  
para recordarte,  
para recordarte siempre,  
para sentir tus manos deslizándose por el hielo de estos versos,  
para acariciar estos versos con el tacto de mi cuerpo antes de enviártelos,  
para que al menos tus sílabas me recuerden cuando se apagan las luces,

para que siempre mis sílabas te recuerden cuando se apagan las luces,  
para vestirme con aires de fiesta,  
para verte vestida con huracanes de fiesta,  
para estar desnudo,  
para desnudarte,  
para que me veas a la noche sin piel,  
para descubrir tus células, para regalarte incluso las células de mi recuerdo,  
para mirar a través del espejo y verte, para mirar a través del espejo y tocarte,  
para juntar mis labios a tus labios a través del espejo, para besarte,  
para besarnos, para besarnos de nuevo, para besarnos sin tregua, para besarnos a diario,  
para besarnos con las ventanas abiertas, para besarnos sin labios ni aliento,  
para besarnos mientras otros hablan, para besarnos con miradas rojas sobre fondo gris,  
para sentir tu corazón en mis manos, para que sientas mi corazón en tus manos,  
para que me devuelvas el corazón, que de cordial ha pasado a ser un caso clínico,  
para que no me lo devuelvas,  
para hacer un altar a tu corazón y para adorarlo en las noches sin estrellas,  
para profanar el altar de tu corazón, para comérmelo gramo a gramo,  
para olvidarte, para recordarte, para recordarte siempre,  
para estar siempre encima de ti, para que estés siempre encima de mí,  
para escribir sobre tu piel, para leer los tatuajes que grabaste en mi piel,  
para no olvidarte nunca,  
para que me bautices cada vez que me nombras,  
para que me descubras cada vez que me miras,  
para nunca olvidarte,  
para recordarte,  
para que me recuerdes siempre,  
para crearte,  
para crearte siempre,  
para volver una vez más a crearte.

Pasan las horas como el náufrago entre las olas de aceite de un mar de lluvia,  
pasan las horas al ritmo de estas botellas peregrinas que envío al dios de las palabras.

## 21'00 HORAS

COMO UNA AMENAZA,  
las llaves sentimentales desde el bolsillo de mi chaqueta  
caen al suelo.  
Como a diario, se introducen en las grietas de la pared  
y la voz de Nacha Guevara, como nunca, pone música a mi entrada:  
*Yo soy la Nacha, así me llaman...*  
Como un sueño,  
como el recuerdo de un fotograma de cine de barrio,  
como actores anónimos que se quedaron petrificados en sus sonrisas falsas,  
como siempre  
recorro la longitud del túnel que consume el pasillo,  
con el mismo cuadro mejicano,  
la misma máquina de coser,  
la misma marioneta de brazos abiertos,  
las mismas flores de plástico,  
el mismo silencio cuando Nacha se sienta en el suelo y descansa.  
Delante del espejo  
mi cuerpo se desborda como río revuelto,  
sin diques, sin ser digno a la amenaza de un pantano.  
Como siempre,  
las líneas rectas se curvan, los músculos gotean,  
y la chaqueta, la camisa, los zapatos, los pantalones, los calcetines, los calzoncillos  
caen al suelo como las últimas gotas resbaladizas de un día de tormenta.  
Y mi cuerpo se desborda entonces como un huracán  
sin piedad de la bóvedas,  
de las casas de campo,  
resquebrajando la imagen que se refleja en el espejo.  
Sin tristeza,  
engañando poco a poco esa forma humana  
que conserva intactos mis dos ojos.  
La misma estantería,  
como siempre,  
los mismos libros con el orden de un diccionario enciclopédico

(Alberti, Benedetti, Borges, Celaya, Cernuda, Cuenca, Diego, García Lorca, Gil de Biedma, González, Hierro, Muñoz Aguirre, Neruda, Otero, Passolini, Pavese, Paz, Prevert, Quasimodo, Rodríguez, Rosales, Rossetti, Sola, Shelley, Ungaretti, Vallejo y Yeats),

las mismas antologías de disparates poéticos,  
como siempre, las mismas novelas, el mismo álbum de fotos, los mismos catálogos,  
los mismos armarios, las mismas corbatas, la misma cama con su colcha que amenaza tormenta.

El frío aliento del otoño que recuerda los abrazos del verano  
me recorre la nuca y siento un escalofrío.

Y así, desnudo ante el espejo,  
dejo caer una a una mi repertorio de sonrisas falsas,  
la colección de palabras desechables  
con que he envuelto el almuerzo de tantos proyectos  
y el catálogo de manos que se desgastaron escribiendo tu nombre.

Recorro mi espacio,  
como siempre,  
y el abismo del silencio se refleja entre mis piernas.

De nuevo,  
Nacha Guevara se presenta a su público con un grito de guerra.

De nuevo,  
mis pies van marcando, paso a paso, las fronteras de esta nada.

Van marcando,  
paso a paso,  
como siempre,  
los límites de mi desolación diaria.

## 24'00 horas

DEJARSE MORIR.

Dejarse encendido el diario crujir de las horas  
que son ya un telón sin fondo ni imágenes ni recuerdos.  
Dejarse olvidados los ojos encima de una mesa,  
las manos apoyadas en la pared de la cocina  
y esconder las piernas entre los pliegues del silencio de una cama.  
Dejarse, lentamente, morir,  
como estas horas consumidas con precaución y ciertas dosis de alevosía,  
como estas horas que no merecen ni el más mísero tiro de gracia.  
Dejar caer las manos para alimentar las cucarachas del sueño,  
esas manos que hoy tampoco sufrieron tus caricias,  
esas manos que tiritan bajo la lluvia de mis lágrimas,  
esas que nunca derramé cuando te fuiste una noche de invierno.  
En el silencio de este día que se desborda sin cauces  
termino por evocar tu imagen, padre, como un descubrimiento,  
tu sonrisa que ya no recuerdo,  
el tacto de tus manos que ya no recuerdo,  
tu estatura que entonces poseía las dimensiones de un gigante.

Las lágrimas que no te lloré entonces ahora me inundan.

Entre tantas derrotas diarias, entre tantas esperas en andenes oscuros,  
entre tantas palabras falsas que hoy crecieron en mis manos,  
entre tantos deseos que siguen siendo en el silencio prohibidos,  
tu imagen  
ha venido a despedirme como una fotografía color sepia.

Te fuiste antes de que pudiéramos mirarnos cara a cara,  
antes de que tuviera tiempo de poder descifrar el matiz de tu sonrisa,  
y sólo recuerdo noches de insomnio, a los pies de un gato,  
y el restañar de unos dientes  
como esa calavera que alguien llamará por su nombre.  
Siempre las despedidas se escriben en los márgenes.

Te fuiste en silencio, en el silencio de unas sábanas blancas.  
Te fuiste una noche de invierno,  
noche que quiero evocar negra como un sudario,  
noche negra como el pasillo de la distancia,  
noche negra como ese silencio que acompaña a los ataúdes irremediables.  
Pero en realidad noche que no recuerdo; noche que nunca existió.  
Te fuiste en silencio, demasiado pronto.  
Aún mis manos se perdían en la geografía de tus manos,  
aún mi voz no había conseguido imitar el tono de tus palabras,  
y antes de que tuviera secretos,  
antes incluso de que conociera la existencia de una hora solitaria,  
de que la risa puede ser la antesala del sufrimiento,  
antes incluso de imaginar que tú pudieras irte,  
te fuiste.  
Te fuiste en un silencio que ensordece las horas del día,  
que me persigue en este último acto que ensayo con tu presencia.  
Te fuiste como el viento antes de la tormenta,  
acompañado de un reconfortante olor a tierra mojada,  
sembrando a tu espalda los tiernos brotes de un muro de silencio.  
¿Qué puedo esperar después de tu ausencia?  
¿Qué lágrimas derramar ahora si entonces todo fueron cauces secos?  
Todas las lágrimas cristalizaron en estos ojos miopes que te multiplican  
y ninguna desde entonces ha conocido el descanso eterno de la tierra.  
Te fuiste, en silencio,  
dejando en silencio tu imagen en mi memoria.  
Intento evocarte ahora y te invento entonces,  
intento imaginarte y me descubro vacío de recuerdos.  
Demasiado pronto,  
demasiados años negando tu ausencia,  
esperando abrirse un día la puerta de tu cuerpo y poder abrazarte;  
poder susurrarte  
esas lágrimas que entonces se quedaron mudas en las cuencas de mis ojos.  
  
Demasiado pronto, para irte,  
para volver a recordarte, demasiado tarde.

Y paso mis ojos por tus imágenes en el álbum y no te miro;  
y paso mis ojos por los espejos  
y siempre descubro en mis ojos el reflejo de tus ojos,  
la misma pregunta, la misma tristeza, idéntica duda,  
el único recuerdo que antes de acostarme quisiera llevarme auestas...

...pero tú no te vayas,  
aunque no vengas esta noche,  
aunque no vuelvas nunca:  
sólo saber que esos labios que un día besé  
conservan olvidada la grieta de una de mis sonrisas,  
que esos dedos que un día besé  
conservan las huellas de mis dedos entrelazados,  
que esas palabras que un día besé  
conservan el tono amargo de mis adjetivos y verbos:  
sólo saber que existes me permite llegar a las fronteras del sueño.

Otra vez más.

Como siempre.

*PROMETEO CONDENADO*

(Madrid, Calambur, 2004)

[6]

La noche podría pintarse con los colores de una caja de acuarelas. Incluso el aire, incluso esa brisa nocturna que da volumen a las flores que se disponen a abrir en canal la anatomía de sus pétalos. Una noche, como tantas otras noches, de primavera. Siempre puede escucharse el trino de algún recuerdo, pero lo importante, lo esencial del paisaje es ese aroma a sábanas limpias que todo lo impregna, como el olor a tierra mojada. Prometeo está solo. Como siempre. Está solo e intenta mirarse y comprenderse, intenta recuperar segundos de su tiempo, aunque sabe que todo es inútil, que los días se repiten con la cabezona precisión de los intereses creados. Sin darse cuenta, la luna preside el cielo y todo parece encontrar su lugar; se diría que se ha descubierto la última pieza del puzzle.

*Prometeo*

Sólo me falta la silueta huidiza de las bailarinas volutas de humo,  
sólo me falta el espejismo de fuegos y volcanes en los labios  
y el aroma de esta noche podría enloquecer a las mismas rocas.  
La brisa de la noche ha convertido el tacto de esta roca en una caricia  
y el horizonte parece recuperar la paleta inflamada del atardecer.  
Sólo el humo huidizo traspasándome como un alfiler los pulmones,  
sólo ese dibujo inocente que se evapora y se pierde ante los ojos,  
sólo un diminuto crepitar entre los labios, y mi sonrisa sería completa;  
una de esas sonrisas que se dibujan en las caras redondas de los niños,  
una de esas sonrisas que se cuelgan en las paredes de los colegios,  
una de esas sonrisas que a veces mareamos en la circunferencia de los globos.  
Y la brisa de la noche todavía me deja un sabor dulce en la boca  
y el recuerdo de tus abrazos, de tus cadenas alrededor de mi cuello  
me hace desear una y otra vez la silueta huidiza del fuego,  
la columna que se abre ampliando la geografía de los suspiros...

*(Refugiada)*

En mi tierra sólo se suspira cuando amenazan las nubes detrás de los cerros;  
en mi tierra, sólo las columnas de humo después de los bombardeos;  
en mi tierra, no hay más sonrisas que las de los cañones que no disparan;  
en mi tierra, se vive con la ilusión de huir de la fría caricia de la muerte...

*Prometeo*

...y acariciarte una vez más el pecho, una vez más, y dejarme dormir  
en el acompasado ritmo de ese pecho que se alimenta de los segundos de mi pecho...

*(Refugiada)*

...y ya no hay segundos sin miedo, y ya no hay ni décimas de segundo;  
hasta el aire que respiro, hasta el pan que mastico es de miedo.  
Miedo de vivir, de moverme, de estar quieta; miedo incluso de los recuerdos.  
Yo vengo de una tierra que un día fue verde en primavera,  
de una tierra que explotaba en los rojos del otoño, en los azules del invierno,  
de una tierra sin grandes montañas, sin acantilados, casi sin secretos,  
de una tierra rodeada de agua, de una tierra abandonada por el cielo;  
tierra a la que hay que arañar día y noche para disfrutar de sus frutos,  
tierra en donde te sorprende el amanecer la silueta de una piedra,  
tierra que siempre es generosa con las lágrimas y con los sueños,  
tierra demasiado cerca de la playa para no tener miedo de los monstruos marinos.  
Tierra de piedras, tierra de horizontes sin secretos ni sorpresas,  
tierra de odios, tierra de rencores encallecidos en los libros de historia.  
Tierra de trampas y tierra de salvajes que degollaban a sus hijos;  
pero también tierra verde en primavera, roja en otoño, azul en invierno.  
Yo vengo de una tierra en donde el viajero siempre era un amigo,  
tierra que vio nacer a mis hijos, tierra que calienta el cuerpo de mi padre  
y que hoy se evapora como la columna de humo de un incendio...

*Prometeo*

...y sólo el humo escapándose, juguetón y nervioso, por las rejas de mis dedos,  
y el aliento salvaje de un vaso de vino envejecido en la bodega de los recuerdos,  
y un confortable lecho de manos cálidas que van apartando los rizos de mi cara,

y el aliento cercano de un gato que ronronea bajo la caricia de mis manos.  
Sólo el humo del fuego, como esas columnas azules y casi rojas que se dibujan  
en el horizonte cuadriculado de un atardecer que parece no querer acabarse nunca...

*(Refugiada)*

... y ese horizonte fue ayer mi casa; y ese rojo, los libros que ya no volveré a leer.  
Y ayer disfrutaba de mi sillón confortable, con mi vaso de vino escandaloso  
y mi buen cigarrillo revoloteando entre los dedos de mi mano derecha.  
Sólo me preocupaba la nota discordante perdida dentro de una sinfonía.  
Ayer enseñaba a mis hijos el color de una tierra enredada en los caminos,  
y ayer no podía dejar de tararear una canción patriótica en la ducha,  
una de esas canciones con detonadores a distancia en estribillo y melodía.  
Ayer dormía en una cama con las sábanas limpias recién planchadas,  
y me atormentaba el sueño la sombra de un ridículo proyecto  
y la cita inoportuna de un familiar venido del sur, con prisas y sin previo aviso,  
con esa mirada de miedo que uno descubre cuando abre la puerta a la muerte.

*ACRÓSTICO*  
(Madrid, Sial, 2005)

**SIN PALABRAS**

Así me encontraba yo,  
sin palabras,  
mientras corría la sangre húmeda  
por las autopistas del corazón,  
dejando atrás las desviaciones de la esperanza  
y las estaciones de servicio de los sueños.

Así me encontraba yo,  
sin palabras,  
mientras las horas de los últimos años  
se perdían en la demolición de los recuerdos  
y en el solar de la desidia y del conformismo  
jugaban al fútbol versos apenas entrevistados.

Así me encontraba yo,  
sin palabras,  
instalado en el hogar de refugiados  
arropado por las mantas de los amigos  
con un whisky en la mano como una sonrisa...

...y entonces te vi bajar las escaleras de aquel bar;  
desde el otro rincón del mundo,  
te vi bajar cada uno de los escalones  
que te llevaban al centro de mi corazón,  
y el eclipse de tu sonrisa y de tu mirada  
me anunciaron un viaje a la luna,  
que debía durar más de ochenta milenios...

... y entonces, desde el faro de un rincón perdido,  
te vi acercarte, abrirte paso por las aguas  
domésticas y sangrientas de las copas semanales,  
dejando atrás un rastro de plagas anónimas.

Así me quedé al verte aquella noche:  
sin palabras.

CANCIONES Y OTROS VASOS DE WHISKY

(Madrid, Sial, 2006)

CANCIÓN DEL APRENDIZ DE POETA

LA CONOCÍ AYER

pero aún hoy no he sido capaz de quitármela  
de la cabeza.

Me explicó las tres formas  
en que poesía y realidad se comunicaban;  
me confesó que desde los nueve años  
se recuerda llenando de versos sus horas,  
que no hay papel en blanco que vea  
que no termine por sufrir sus flechas verbales;  
me habló de la insufrible pereza  
de volver una y otra vez al mismo poema;  
me exigió la nómina de poetas  
que se esconden en mis versos  
y yo me descolgué con una sonrisa  
y los nombres de Góngora y el *Cantar de los cantares*.

Y entre trozos de filete de ternera  
y escamas de pescado, patatas y ensaladas,  
parecía un oráculo dando respuestas,  
descubriendo ante nuestros ojos atónitos  
uno a uno los secretos del poema.

Pero, al final, el aprendiz de poeta calló,  
bajó los ojos  
y al alzarlos había desaparecido,  
dejando tras de sí el rastro de una pregunta:

*Hace meses que no escribo,  
¿crees que algún día volveré a hacerlo?*



como yo,  
como estos segundos que me separan de ti, de tu vivo recuerdo.  
Ahora que estamos más cerca que nunca,  
ahora que sólo unos metros nos separan (¡tan sólo unos metros!),  
ahora que el aire nos confunde en un nudo de olores,  
sólo tendría que salir a la calle para ponerle cara a tu sonrisa,  
para ganar el pulso a los segundos perdidos de la distancia.  
Sólo un gesto y el tiempo de la espera sería un whisky  
que se evapora junto a un plato vacío de aperitivos.  
Sólo un gesto.  
Sólo un gesto y las puertas de tu sonrisa se abrirían de par en par  
como esta puerta dorada que traspasas con paso certero.  
Pero sólo tengo fuerzas para cerrar los ojos...  
para seguir soñando en el Hotel Plaza con mi cita a ciegas,  
para seguir acompañado tan solo del aliento de un vaso de whisky.

*Diario de un viaje a la tierra del dragón*

Cuaderno de bitácora, Madrid, Sial, 2007

[8]

26 de octubre: 11'30 horas

(En el Parque Tiantan Gongyuan)

MIENTRAS intento escribir un poema,  
mientras pretendo transformar en palabras mis sensaciones,  
las imágenes que me inundan arrancándome parte de mis recuerdos,  
mientras escribo para no gritar,  
para no ponerme a charlar con el árbol que crece a mi lado,  
para no dejarme arrollar por el tren de la melancolía,  
delante de mí una anciana recoge castañas del suelo.  
Poco a poco va levantando las hojas grises del otoño  
y la bolsa de su triunfo se va llenando de sonrisas.

Dejo de escribir y me quedo mirándola.

Después, ella se levanta, me saluda con la mano  
y me muestra sonriente su bolsa roja repleta de cosechas.

Yo la saludo, pero no soy capaz de mantenerle la mirada:  
no puedo ofrecerle más que sombras de versos.

[4]

25 de octubre: 10'00 horas

(El mausoleo de Mao)

SÓLO ILUMINADA la cara; la sala oscura, oscuro el traje.  
Dos filas a sus lados reverenciales y rápidas como una marcha militar.  
Las flores que se venden a la entrada se quedaron a los pies de la estatua,  
las mismas flores que se venderán en la entrada dentro de una hora.

La fila crece en el lateral de la Plaza de Tian'anmen;  
pero todo está controlado: no hay anuncio hoy de manifestaciones.  
Por el altavoz se escuchan proclamas y poemas como oraciones,  
y el nerviosismo crece por momentos en el paso de los más ancianos.

Sólo dura un segundo...  
pero es suficiente.

Las escaleras se suceden como las dunas del desierto  
y no hay tiempo para detallar el edificio levantado por el pueblo;  
setecientos mil voluntarios trabajando bajo la dictadura de diez meses.  
Mármol puro; frío mármol digno de cavarse en un cementerio.  
Dos filas que avanzan a golpe de órdenes y de gritos.  
Y en la sala todo es silencio;  
sólo está permitido el crujir de los zapatos y de los suspiros.  
La cara iluminada, como un sol, en medio de la sala oscura.

Sólo un segundo para ver el perfil luminoso de Mao...  
pero es suficiente.

[17]

29 de octubre: 23'00 horas

*(Nocturno en Nanjing)*

LA NOCHE de Nanjing se ha llenado de fiestas,  
y las luces de la avenida parece que han explotado  
inundando de rojos y de amarillos las aceras.

La torre del hotel se derrite en bengalas como una tarta  
y las luces de los coches van disparando serpentinas  
que se quedan colgando en los brazos de los semáforos.

El río Yangtze es un dragón de dientes afilados  
y las luces de los vestidos que se estrenan los escaparates  
quemán el misterio financiero de las operaciones matemáticas.

Mi habitación, por fin, ha dejado a un lado sus tonos grises,  
y la luz verde del móvil ilumina la Puerta de la Felicidad,  
que me lleva hasta el Templo Sagrado de tu Sonrisa.

Ahora sí que es tiempo de fuegos artificiales por las calles:  
las luces de tu voz convierten Nanjing en un banquete  
que voy devorando con los palillos afilados del deseo.

[21]

31 de octubre: 11'30 horas  
(En el Parque Shouxihu, Yangzhou)

«ESTOY componiendo un poema amoroso junto a mis amigos  
bajo la luna luminosa», dicen que dice el letrero junto a la estatua.  
El poeta acaba de levantar la mirada mientras la pluma  
conserva la vibración del arco creativo recién tensado.  
No le faltan las palabras sino el corazón para escribirlas:  
su corazón se encuentra muy lejos, a miles de kilómetros de distancia.  
Rodeado de crisantemos, sonrío acompañado de sus amigos.  
El bambú es un abrazo en la arquitectura de la puerta de entrada.  
Mientras, los turistas agotan con sus prisas la tranquilidad del parque,  
los puentes suspiran sobre los canales que va serpenteando el lago  
y un grupo de niños grita y posa ante el cuadro de la fotografía.

Estoy componiendo un poema amoroso bajo la luna de neón,  
rodeado de los recuerdos de tu cuerpo, de tu boca, de tus dientes,  
de esa manera tuya de susurrarme *te quiero* en cada uno de tus gestos,  
de esos gestos que coloco junto a la estatua del poeta en medio del parque:  
ofrenda diaria para convertir en piedra y cobre un *te quiero*.

## TRÍPTICO (POEMAS ESCÉNICOS)

(Madrid, Sial, 2009)

### SOY UNO

(Confusión melodramática en un solo acto... multiplicado por cuatro)

*De nuevo, el escenario vacío. Negro. De ese negro de bodega. Escenario sin nada. Cuatro espejos. Uno al fondo –más grande-, y otros dos en los laterales, y un cuarto en el techo. Todos colocados para reflejar al único Actor, que se encuentra en el suelo. Tumbado. Respirando ruidosamente, canturreando aburrido mientras el público –en el caso de que haya público- se va acomodando en sus butacas. De vez en cuando, una ráfaga de luz, como la de los patios nocturnos de las cárceles, atraviesa los cristales, deslumbrando los reflejos. Los cuatro espejos deben multiplicar la imagen del Actor, transformarlo en infinito. Debe dar la sensación de que el Actor se encuentra dentro de una caja, dentro de una caja de espejos, por más que los espejos no se toquen entre sí. El Actor sigue tumbado, con los ojos cerrados, como si estuviera en medio de un prado. En medio de un prado sin hacer nada, sin pensar en nada, sin soñar en nada.*

Soy uno  
que se inventa ángeles  
en el polvo de las aceras.

*[mientras habla va agitando los brazos y las piernas. Parece que se ha vuelto loco, pero sólo lo parece. Al levantarse se descubre que había estado tumbado sobre arena y, que al alzarse, ha dejado marcada la figura de un ángel]*

Entra luz de luna por la ventana  
y una brisa traviesa que me acaricia los pies.  
Estoy cansado y tengo sueño.  
Tengo treinta y seis años y estoy cansado.  
Tengo sueño, mucho sueño lejos de tus labios.

*[Se sienta y va borrando con las manos el ángel, al tiempo que escribe, una y otra vez, el número treinta y seis, treinta y seis, treinta y seis]*

Soy uno  
que se deja llevar por las mareas de los sueños.  
Suenan la sirena y me arrastra hasta un barco,  
hasta ese barco que va surcando los Mares del Sur,  
y a mi paso voy dejando una marea de manos  
que se agitan al ritmo frenético de una samba.  
Soy uno  
que sigue soñando con los Mares del Sur,  
con que detrás de una esquina siempre hay una sorpresa,  
con que una rosa es siempre un milagro.  
¡Qué perfecta es la circunferencia de la luna!  
Luna de los Mares del Sur,  
luna que ilumina los camarotes del barco  
que se deshace de las olas de los Mares del Sur.  
¡Qué perfecta se ve la circunferencia de la luna  
desde la ventana circular de mi camarote,  
rumbo a los tesoros escondidos en los Mares del Sur...

*[Se levanta, sin prisas, sin prisas, como a quien le ha tocado la hora de decir un discurso]*

Soy uno  
que una mañana se levantó con sangre en las manos,  
una sangre asfalto,  
una sangre manantial de citas nocturnas,  
una sangre que gotea en las esquinas del deseo  
hasta convertirse en un nudo en la garganta.

*[se frota las manos, primero convulsivamente, como queriéndose desprender de la sangre invisible de sus manos, pero, poco a poco, los movimientos bruscos de sus manos se van, poco a poco, convirtiendo en caricias]*

Nunca creí que la sangre oliera a rosas,  
o a perfumes, o a sudor, o a silencios,  
mientras paso mis manos ensangrentadas por tu cuello,  
por tus brazos, por tu pecho, por tus piernas,  
hasta perderme en la sangre de tu cintura...

*[y se va acariciando y cierra los ojos, y tiembla, mezcla de miedos y de pasión]*

Los silencios se multiplican cuando estoy a tu lado.

*[se mueve y se busca compulsivamente en cada uno de los espejos]*

¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu nombre? ¿Cuáles tus sílabas?  
¿Qué agujero en el alma te ha arrastrado  
ante la geografía nocturna de este espejo?  
¿Qué historias esconden los callos de tus manos,  
qué historias los renglones torcidos de tus dedos?  
¿Por qué escondes tu sonrisa detrás de este silencio,  
de este silencio nocturno de pisadas lejanas,  
lejos, siempre lejos, de cualquiera de los Mares del Sur?

*[se vuelve y se queda mirando fijamente su imagen reflejada en otro espejo; descubriéndose, inventándose]*

¿Y tú? ¿Inocentes vaqueros entreabiertos? ¿Cómo te llamas?  
¿De qué escaparate te han arrastrado a mi encuentro?  
¿Cuántas manos has estrechado esta noche,  
cuántos dedos has saboreado desde la humedad del suelo?  
Tu cintura se deshoja, se modela como plastilina  
al paso del huracán de temblorosos y oscuros brazos,  
que un día emergieron de las aguas de los Mares del Sur.

*[un nuevo espejo, y una nueva pregunta]*

¿Acaso tú me estabas esperando en tu rincón,  
arrastrado por unas lágrimas no curadas a tiempo?  
¿Por qué proteges tus manos con el escudo de un whisky,  
por qué amenazas con romper el vaso con tus dedos?  
Eres centinela, un triste y aburrido centinela  
en medio de esta noche de laberintos y de calles sin esquinas,  
tan lejos, pero tan lejos de mis infantiles Mares del Sur.

*[se sienta de nuevo, y con las manos apoyadas en el suelo, mira al cielo del último espejo]*

¿Cuándo tus ojos dejaron de ser mis ojos?  
¿Cuándo tus manos dejaron de acariciar mi espalda  
para convertirse en el monótono pasar del arado de tus dedos?  
¿Cuándo dejaron tus dedos de tamborilear sobre mis muslos,  
cuándo tu lengua dejó de alimentarse de mis pechos?  
¿Cuándo tu voz se convirtió en un hueco eco?  
¿Cuándo los *te quiero* comenzaron a hilvanarse  
en el collar de las frases hechas por los pasillos?  
¿Cuándo mi nombre dejó de ser una oración  
susurrada por tus labios en medio de la almohada?  
¿Cuándo tus pies dejaron de buscar mis pies  
en el horizonte de la cama en las noches de invierno?  
Este cuerpo que un día se quebró con tu cuerpo,  
esta cintura que disfrutaba con el anillo de tus abrazos,  
y que se bronceaba de los tonos sonrosados de tus besos;  
este cuerpo que se ofrecía nocturno ante el altar de tu cuerpo.  
¿Cuándo dejaste de abrazarte a mi espalda cada noche,  
de susurrarme entre sueños *te quiero* a cada vuelta de baile,  
en esa cama convertida en un musical de Broadway?  
¿Cuándo dejaste de dormirte abrazado a mi pecho,  
de confundir tus fronteras en las fronteras de mi cuello?  
¿Cuánto tiempo hace que tu piel no traspasa mi piel?  
¿Cuánto que mi aroma no se mezcla con tu aroma,  
que no nos bañamos en las aguas tranquilas de los Mares del Sur?

*[el Actor comienza a borrar y a escribir nombres y letras en la arena del escenario, números sueltos, letras sueltas que forman –y así debe reflejarse en el espejo superior- el jeroglífico de la confusión]*

A veces me levanto por la mañana y estoy solo.  
A veces me levanto y estoy contigo... y sigo estando solo.  
A veces me levanto y me quedo ciego hasta la noche,  
con ese miedo absurdo que no querer estar solo,

con ese deseo absurdo de no querer abrir los ojos.  
Los silencios se multiplican cuando estoy a tu lado,  
las sirenas dejaron hace tiempo de anunciar barcos  
fantasmas hacia los Mares del Sur, los Mares del Sur,  
y los espejos de tus ojos, de mis ojos, están sembrados de lágrimas.

*[comienza a llover, como si fueran los espejos quienes estuvieran llorando]*

Soy uno  
que se inventa ángeles...  
para no tener que reconocer demonios.

*[llueve y la arena se convierte en barro, sobre el que se tumba el Actor...  
mientras se hace completamente de noche... noche que sólo rompe una  
ráfaga de luz y el ruido lejano de una sirena]*

TRENTO  
(Bari, 2009)

1.

Las montañas de Trento  
ocultan sus nombres  
bajo las copas nevadas.

Hace frío.

Hace frío en el corazón  
que ha dejado a su amigo  
a cientos de kilómetros  
de sus espaldas nevadas.  
Las calles de Trento se van llenando,  
hora a hora, paseo a paseo,  
de recuerdos y de lugares comunes.  
Las esquinas dejan de ser una amenaza  
y las calles un laberinto  
de cruces y de puertas escurridizas.

Hace frío.

Pero no importa:  
aún conservo en mis brazos  
el aliento perfumado de sus brazos.  
Aún mi piel se estremece  
si una ráfaga de viento, como un beso,  
levanta el polvo de las calles.

Hace frío.

Pero no importa:  
he venido bien equipado  
para triunfar sobre la espera.

3.

«Ven pronto,  
mi amado.  
Los racimos  
de besos  
están ya maduros».

Apoyado en el balcón,  
mirando al oeste,  
espera cada noche  
el milagro de un encuentro,  
repitiendo como una oración  
ese nombre extranjero  
que le llena de miel los labios  
y de sonrisas los amaneceres.

«Ven pronto,  
mi amigo.  
Lejos queda el invierno.  
Ven pronto,  
amado mío,  
que ya me quema la espera».

6.

La mano sobre la nuca.  
Los dedos de la mano sobre la nuca.  
La nuca fría. Una nuca sin aliento.  
Expectante.  
Curiosa.  
Lejana.  
Los latidos del corazón se agitan en la nuca.  
Unos latidos que se disparan  
al contacto de la mano,

XXX



Y SE LLAMABAN MAHMUD Y AYAZ

(Madrid, Amargord, 2012)

Y SE LLAMABAN MAHMUD Y AYAZ,  
y tenían tan solo 17 años,  
y fueron ahorcados un 19 de julio.  
No lo olvidemos.  
Su historia debía haberse escrito  
con otros titulares, con otras fotografías.  
Pero no fue así.  
Llegaron llorando a la plaza.  
En la furgoneta de su angustia,  
llorando las lágrimas que no derramarán de viejos.  
*(Como tantos otros, yo he visto las fotografías).*  
Y llegaron como dos cachorros asustados,  
temblando entre el frío de tantas miradas,  
ante el abismo del final de su vida  
antes incluso de haber intentado imaginarla.

••

Y tú siempre me decías:  
«Llegará un día en que nuestras manos  
no tengan que esconderse bajo las mesas,  
en que no sea necesario mentirse  
y quedar encadenados por anillos de bodas  
y por contratos forzados y por banquetes de hiel».

••

Dos jóvenes.  
Perseguidos en sus miradas.  
Espiadados en sus susurros.  
Asesinados por su deseo.

••

¿Por qué se ha detenido nuestro tiempo?  
¿Por qué el polvo de las aceras  
llena de dudas mis pasos,  
esos en los que busco tus huellas,  
esas que se evaporan con el soplo  
cotidiano de las citas y de los atascos?  
Desierto con semáforos y pasos de cebra.  
Ciudad sin fronteras ni horizontes.  
Semilla sin tierra y tierra sin el mar de tu sonrisa.

••

Fueron necesarios cuatro brazos  
y una soga ajena de su cobardía.  
Fueron necesarios dos hombres  
que escondieran sus corrompidos gestos  
tras el anonimato de un pañuelo.  
Fue necesario un juicio  
y la rápida sentencia de muerte.  
Y nuestro silencio,  
no lo olvidemos.  
Fue también necesario nuestro silencio.

••

Y se llamaban Mahmud y Ayaz.  
Repitamos sus nombres hasta quedarnos sin labios.  
Mahmud, Ayaz. Mahmud, Ayaz...  
Recordemos su edad: esos 17 años  
que no serán jamás la sombra de un recuerdo,  
esos 18 que no les dejaron celebrar.  
Su historia tenía que haberse escrito  
con la tinta anónima de tantas otras vidas,

con el guión ambicioso de la felicidad  
que vamos escribiendo en las esquinas  
interrogantes con las sorpresas cotidianas.  
Pero no fue así.

••

Y tú siempre me decías:  
«Algún día veremos amanecer juntos.  
Tu cabeza sobre mi pecho  
y mis dedos acariciando tu frente,  
y mis labios sobre tus labios,  
y los primeros rayos de la mañana  
resucitando la silueta de nuestros cuerpos».

••

¿Por qué amarte es siempre perderte  
en la fuente que mana de mi costado?  
¿Por qué no llenar de oasis este amor,  
de palmeras y de caricias nuestros encuentros,  
de lunas llenas y de estrellas andantes  
las miradas y las manos que se cruzan,  
modelando esculturas con músculos a punto de romperse,  
donde un día solo hubo un frío bloque de mármol?

••

Fueron necesarias dos grúas  
y el aire vertical de la mentira.  
Fueron necesarios dedos acusadores  
y la venganza familiar agazapada  
en el hueco cobarde de los ojos.  
Fue necesario un abanico  
de falsas acusaciones y de miedos  
como uñas negras en la noche.

Y nuestro silencio,  
no lo olvidemos nunca.  
Fue también necesario nuestro silencio.

••

Morir. Morir.  
Morir sin luz,  
abriendo los ojos en el eclipse de las vendas.  
Morir sin ti.  
Morir por ti a cada instante.  
Morir lejos de los gritos y de las risas  
que llenan de fiesta la plaza,  
de los aplausos cuando te dejas vencer,  
cuando tu cuerpo recupera la gravedad,  
la ley inexorable de la manzana.

••

Inventario de una noche:  
Despedidas que agotan las reservas de saliva.  
Un sol a lo lejos entre los últimos edificios.  
Las primeras prisas y las últimas mentiras.  
Recomponer las arrugas de la cara  
y de los gestos cotidianos delante del espejo.  
Buscar indicios de depredadores en el cuello,  
En los brazos, en la cara oculta del alma.  
Miradas microscópicas sobre las aceras.  
Espaldas. Miles de espaldas recorriendo la ciudad.  
Sonrisas atesoradas en la caja de los recuerdos  
y una avenida que comienza a iluminarse,  
a llenarse de los gemidos cotidianos de la mañana.  
Y un beso agonizante en una esquina.  
Un beso olvidado en una promesa no cumplida.  
Un beso tiritando, pidiendo limosnas de cariño,  
sin atreverse a alzar sus asustados ojos.

Y una risa. ¿Por qué no? Una risa lejana  
que despierta la conciencia de las grúas,  
que comienzan a desperezarse en esta ciudad en ruinas.

••

Estas serán mis últimas palabras.  
No habrá más. Nada más que silencio.  
Es demasiado tarde.  
Lo sé. Ahora lo sé.  
¿Cómo he podido estar tan ciego?  
Esta mañana nos hemos cruzado.  
Hemos vuelto a encontrar nuestras miradas  
como aquella noche de luna llena.  
Aquella única noche. Aquella para siempre.  
Tú has hecho un gesto con tu mano  
y la soga del miedo y de la vergüenza  
se me ha anudado, por un segundo, al cuello.  
Esta mañana nos hemos cruzado  
bajo la sombra asesina de una grúa.  
Y ahí seguía yo, como el otro día,  
con los pies colgados, sin vida,  
ajeno al griterío de los colegios,  
a las prisas agrícolas de los mercados,  
a tu mirada atroz, a tu silencio mortal,  
al gesto de tu mano, a tu denuncia,  
a la huella de la muerte  
que tatuaste en mi cuerpo con tus labios.  
Uno más entre tantos ahorcados  
en las grúas de las plazas de Irán.  
El único que soñó que en tus ojos  
había encontrado el oasis del paraíso.  
El único que creó vida en tu gesto moribundo.

••

Y se llamaban Mahmud y Ayaz.  
Y tenían tan solo 17 años.

••

Morir.  
Morir tan cerca de ti.  
Morir por no poder tocarte.  
Morir por no poder cruzar tu mirada  
en el último vagón del viaje.  
Morir sin saber por qué.  
Morir por amarnos.  
Morir por aquello que nos dio la vida.

••

Y se llamaban Mahmud y Ayaz.  
Y tenían tan solo 17 años.

••

No lo olvidemos nunca.  
Fue también necesario nuestro silencio.

••

No lo olvidemos nunca.  
Sigue siendo necesario nuestro silencio.

*LOS ÚLTIMOS DÍAS DE TROTSKI*

(Madrid, Calambur, 2015)

**[20 de agosto de 1940]**

¿Ha valido la pena tanta cárcel, tantas geografías, tanto ladrillo cerrado en las ventanas, tantas puertas blindadas, tantas muertes, tantos amigos abandonados en la fosa irremediable del miedo, tanto exilio, tanta espalda, tantas miradas vacías?

Tendido en el suelo no debo cerrar los ojos.

¡Ahora no!

Ahora que todo estaba tan cerca, tan cerca...

Siento cómo la cabeza se me rompe,  
cómo mi piel arde al contacto de la sangre.

Mis libros abiertos, ahora derramados por el suelo infinito de las baldosas,  
mis gafas rotas, aquí tendidas a mi lado, estas dos circunferencias que han dibujado  
mi rostro, mis gestos, mi mirada, durante ya tanto tiempo.

Todo lo cubre mi sangre, mi sangre infinita, escandalosa.

Pero ahora no...

Tengo tan solo sesenta años y toneladas de injurias y de injusticias que denunciar.

¿De dónde me viene este dolor que me ha hecho caer al suelo y gritar? Oigo los pasos de Natalia, de mis colaboradores, oigo sus gritos sus carreras e insultos. Pero yo estoy tranquilo.

¡Ahora no!

Ahora vendrán las sirenas y me llevarán al hospital y me vendarán la cabeza, esta cabeza que me arde,

y más tarde limpiarán mi sangre del suelo, y recogerán mis libros, y mis gafas rotas y mis notas y todo volverá a estar igual cuando vuelva.

Y lo haré con una sonrisa triste, los ojos cansados y una nueva cicatriz.

Volveré de la mano de Natalia, de mi Natalia.

Tendré que tapiar una vez más las ventanas, no abrir nunca más las puertas blindadas, multiplicar en cada esquina las torres de vigía.

Pero ahora no debo cerrar los ojos.

¡Ahora no!

No quiero que lo último que vean mis ojos, estos ojos que lo han visto ya casi todo, sea mi sangre sobre los papeles criminales, mi sangre anunciando la derrota.

¡Ahora no! Ahora que me encontraba tan cerca... tan cerca.

¡Ahora no!

No cerrar los ojos, nunca. Ni muerto.

*No lo matéis. Tiene que decir quién le envía.*

## LAS LÁGRIMAS DE NATALIA

Hacía años que no veía sonreír a Natalia.

No de esta manera, no con este nuevo acento.

Es otra Natalia la que amanece un nueve de enero mientras las tierras negras de las costas de Tampico dibujan un horizonte de cabezas lejanas y de brazos en alto.

Me fallan los ojos y la edad. Atrás dejé toda esperanza.

Mis recelos y mis miedos se vuelven tierra verde tejida con los colores primaverales del vestido de Frida cuando siento el abrazo de Schatchmann.

No recuerdo de qué hablamos,

ni el acento de los saludos

ni las primeras palabras que nos pusimos al cuello.

¿Qué importan las palabras ante la sonrisa de Natalia,  
ante la sonrisa olvidada en los labios de Natalia?

Y siento su mano en mi brazo al cruzar la pasarela, siento sus pasos acompasados a los míos en el desfile que nos conduce hasta el vagón del tren presidencial, que nos espera humeante, como el primer café que cruza por mi gastada garganta en muchos años.

Pero nada comparado con la sonrisa de Natalia.

Ni la mirada volcánica de una Frida florecida,

ni el vodka recuperado en las palabras de los amigos,

ni los compañeros que nos abrazan en los primeros pasos por la tierra recién descubierta de México.

Por fin, Natalia, después de tantos y tantos años de aguantarse el dolor en la médula del silencio,

de cruzar las manos en el impotente gesto de las preguntas sin respuesta,

y de seguir mis pasos en la arena movediza de la política,

derrama sus primeras, casi angelicales, lágrimas de alegría, que resbalan como lluvia verde alrededor de su sonrisa.

Más que otro color,  
más que otra palabra,  
más que otro golpe de olor lacerante de lo desconocido,  
de aquel día recuerdo la sonrisa de Natalia.  
Sus primeras lágrimas de alegría,  
anuncio de nuevos amaneceres.

*ALL MY LOVE*<sup>1</sup>

Para León Trotsky, con todo cariño,  
dedico esta pintura el día 7 de Noviembre de 1937.  
Frida Kahlo, *Autorretrato para Trotsky, en San Ángel, México.*

¡Qué alejadas están las miradas de Frida y de Natalia!

¡Qué abismo de juventud ofrecen las pupilas incendiarias de Frida, de una Frida de acero y de viento, y de olores nuevos, sabores que forman parte de los sacrificios aztecas!

Natalia me mira y me siento atrapado en su mirada de siglos, de manos compartidas y de pan escaso en las interminables noches de exilio.

Natalia me mira y me siento en su mirada tranquilo, viejo, acompasado a los años y las costumbres compartidas.

Frida me mira y siento rejuvenecer de nuevo mi sangre revolucionaria en el espasmo de todos mis miembros.

Frida me mira y me faltan las palabras, todas las palabras.

Por primera vez en mi vida.

Sin sangre.

Sin tinta.

No hay recuerdos, no hay penurias, solo libros compartidos y mis mensajes de amor atrapados entre sus páginas.

Natalia me mira y me siento fuerte, de nuevo Trotsky.

Frida me mira y dejo de ser yo, el viejo Trotsky de ahora y me imagino a los dos tumbados en su cama de espejos multiplicando sus caderas en mis renovados jadeos.

¡Qué lejos estoy de las miradas de Frida y de Natalia!

Con una vivo y con la otra,

de noche,

sueño.

---

<sup>1</sup> Con estas palabras en inglés, se despedía Frida Kahlo de Trotsky en la Casa Azul de Coyoacán.

## EL VIEJO

Hay viajes que no deben comenzarse.

Hay lugares que se deben evitar, personas que mejor no haber conocido. Territorios de calumnias y de miedos que se esconden tras los abrazos y los peldaños previsibles de las escaleras.

Hay vidas que no podemos vivir.

Vidas que tan solo podemos soñar en las tardes inagotables del otoño cuando el día parece perezoso y la noche un presagio de sábanas mudadas en las esquinas de la cama.

Pero esas son las vidas de los otros,

de los otros yo que yo pude ser, que quizás fueran más yo que estas costumbres cotidianas que me abrazan y me reflejan en los espejos metálicos, en el corredor interminable de mi cárcel.

Si no hubiera comenzado aquel viaje,

si no me hubiera empeñado en estudiar y abandonar el lugar sagrado de mis abuelos; si no me hubiera cruzado en el azar de las calles y de las aulas abarrotadas con aquellos ojos que gritaban Revolución,

quizás ahora yo sería un viejo como tantos otros viejos que sobreviven en la corteza de los recuerdos y remordimientos; un viejo que habría pasado su vida entre plumas y entre libros y escritos, rodeado de clases cada más amarillentas.

Un viejo con los ojos humillados y las manos temblorosas, ausentes.

Un viejo de sonrisa fácil y de palabra certera, como el filo de una hoja. Uno de tantos viejos que se levantan en las sudorosas mañanas con la esperanza de un nuevo atardecer, uno de esos perezosos atardeceres de ritmos lentos y de explosión unánime en el cielo.

Pero, ¿acaso tú, León Davidovich, no eres un viejo como tantos otros viejos, rodeado de libros, de papeles, de recuerdos y de ojos cansados y de añoranzas matutinas, de historias siempre en los labios y de un público cada vez más sordo?

¿Qué te hace a ti único, León Davidovich Trotski?

¿Acaso los cactus que sobrevivieron a la lluvia de metralla o los conejos que aún conservan en el hocico el olor ácido y dulzón de la muerte nocturna?

¿Acaso tus escritos que nadie quiere publicar?

¿Tus ideas que se están quedando huérfanas en una época que se ha arrancado la lengua y los oídos y los ojos ansiosos de futuro?

¿Acaso no estás tan solo como todos los viejos de este mundo, de este previsible presente de amaneceres y de invasiones que inauguran los titulares de los periódicos, y que cruzan el Atlántico con el vuelo rasante de las trompetas inminentes de guerra?

¿Quién eres, en realidad, León Trotski, ahora que has sido declarado Enemigo del Pueblo?

Un viejo.

Tan solo uno de tantos viejos.

Un viejo que se aferra al dactilógrafo como si tu voz pudiera multiplicarse en el desierto de un presente sin memoria, como si aún hubiera alguien, aunque solo fuera uno, esperando a oír de tus labios, León Trotski, la frase certera, la condena justa, el análisis atinado.

Tú que eras capaz de cambiar, con tan solo un gesto de tu voz, el rumbo del ejército rojo, te estás quedando mudo y solo y viejo.

Terriblemente viejo.

Irremediablemente solo.

Absolutamente mudo.

Hay viajes que nunca debieran comenzarse.

El de la vejez es, sin duda, uno de ellos.

*ESTE ES EL FIN*

Un golpe a mis espaldas,  
el silbido invisible de la traición sin nombre  
que no pude escuchar,  
que no pude ver  
a pesar de tantos indicios vehementes,  
a pesar de pensar: «Este hombre podría matarme»  
al cerrar la puerta de mi escritorio.

Hoy tenía que ser el día del fin.  
Justo hoy.  
El día en que me sentía de nuevo con fuerzas,  
el día en que había retomado mis escritos  
y de nuevo mi sangre volvía a latir  
con la fe de otros tiempos, de los primeros tiempos,  
de aquellos tiempos de soñar con la Revolución.

Pero yo lo impedí.  
Me intentó matar a traición y yo se lo impedí.  
Me golpeó en la cabeza con fuerza  
pero, en el fondo, la traición es débil,  
esconde siempre una grieta de dudas  
y a ella me abalancé con mis dientes,  
le arrojé todo lo que encontré en el escritorio  
y grité, le grité mi odio a la cara,  
le grité mi fe, mi fuerza, mi verdad, mis años.  
Y este grito le hizo retroceder, enmudecer.  
Me quiso matar a traición, por la espalda  
en el silencio cómplice de los titulares ya escritos.  
Pero yo, León Davidovich Trotski, se lo impedí.

Y aquí estoy, Natalia, tendido a tu lado,  
con el hielo inútil sobre mi cabeza.

Te miro y me dedicas palabras de esperanza  
que tus ojos se empeñan en desmentir.  
Lo sé. Se cumplió lo que esperábamos,  
lo que todas las mañanas hemos estado esperando.

Y me iré. Lo sé. Este es el fin.  
El fin de una vida entregada a un ideal,  
convertido en fantasma a medida que mi biografía  
iba quemando las inútiles hojas de los calendarios.  
Pero hay que seguir, seguir luchando hasta el último aliento,  
única razón que ha dado sentido a mi vida.  
Dicto mi muerte como si fuera un nuevo artículo,  
el comunicado que me gustaría hoy leer  
en los titulares de los periódicos de todo el mundo.  
Dicto mi muerte sabiéndome ajena a ella,  
como si fuera la muerte de otro.  
Sabiendo que es la muerte de otro,  
de ese otro en que me he convertido  
al alejarme de mi tierra, de mis amigos, de mi pasado.

Este es el fin, Natalia. Se cumplió.  
*Natalia, te amo.*

No me queda nada más que decir.  
Ahora es el momento de que hable la historia,  
el constructor de mármoles que es el tiempo,

*La venganza de la historia es más poderosa que la venganza del más poderoso secretario general. Me atrevo a pensar que esto es un consuelo.*

#### INSTANTE. 4

*Inútil el instante  
y el gesto.  
Inútil el asesinato  
y el golpe suicida.  
Inútil el silencio  
y los veinte años de cárcel,  
la vida robada  
y la inventada biografía  
sacada de otros recuerdos.  
Inútiles las palabras  
y las amenazas.  
Inútil el entrenamiento,  
el saber elegir el gesto  
para cada compromiso.  
Inútil la lengua  
e inútil la obediencia  
ciega y esclava.  
Inútil la carta llena  
de mentiras y traiciones.  
Inútil el motor del coche  
encendido en la esquina,  
el deseo de verle aparecer,  
elegante y tranquilo,  
saliendo de la casa.  
Inútil la medalla de héroe  
olvidados todos los traidores,  
todos los que firmaron  
la sentencia de muerte.  
Inútil la chatarra de la condecoración,  
vivir y ser enterrado  
con otro nombre.  
Inútil el alzar el brazo  
y no mantener la valentía  
en el último momento.*

*Inútil matar por una orden  
que ha de permanecer anónima,  
sin rostro, ni corazón, muda.  
Inútil vivir en el silencio,  
sabiéndote víctima fácil,  
testigo incómodo,  
cerebro lleno de recuerdos.  
Inútil morir por una orden,  
quemar tu vida  
para poder cumplirla.  
Inútil vivir sin poder olvidar  
aquel último grito,  
lastimero, desgarrador,  
el grito de la derrota,  
de la duda en el último momento.  
Inútil el asesinato.  
Inútil callar la conciencia,  
llenar de blancos la historia,  
permanecer con los ojos cerrados  
en el desfile de los calendarios.  
Inútil matar a Trotski  
para acallar su voz,  
las botellas de náufrago  
que seguía lanzando al mundo.  
Inútil el asesinato  
que convirtió a Trotski  
en un símbolo, en un mito,  
tragedia viva  
de nuestro presente,  
espejo donde seguir reflejándonos.  
Inútil vivir para matar  
a un anciano de espaldas.  
Inútil vivir recordando  
el grito del fracaso,  
el compromiso ciego,  
la dictadura de las órdenes,  
los intereses creados.*

## [RECUERDOS DE UNA VISITA A LA CASA DE TROTSKI EN COYOACÁN]

Crecieron las buganvillas en el jardín de la casa de Trotski, las buganvillas que nunca pusieron color a los horizontes teatrales de las gafas de Trotski.

El mismo jardín, con sus esquinas enrocadas, con sus ventanas sin luz, y el musgo de la primavera invadiendo los cerrojos inútiles de las puertas blindadas.

Las conejeras vacías, siempre verdes.

La placa que lamenta la muerte de Sheldon Hart, un día héroe, y en su cadáver, cráneo de traiciones.

Y en medio,

ajenos a las miradas curiosas y los verbos interrogantes,

siguen creciendo los cactus que un día Trotski eligió en sus paseos, como si el tiempo se hubiera detenido en las púas de los «viejos».

En medio del jardín,

en el corazón de la casa,

reposan las cenizas de Trotski,

las cenizas de Natalia,

revolucionario amor perpetuo enlazadas para siempre.

El sol inventa su propio horario en la tarde nublada, en los relojes agonizantes de aquel veinte de agosto, aquel instante de muerte a las cinco de la tarde.

El escuálido río de otros tiempos, de las horas de Trotski, se ha convertido en una ruidosa, contaminada carretera.

Las aceras se llenan desde entonces del polvo anónimo de la vida cotidiana, de las tragedias entregadas al ritual del silencio y de las frases hechas.

Nada en la calle recuerda que en esta casa vivió Trotski.

Nada en las aceras recuerda ni su nombre ni su altura, la bandera inmensa que ondea sobre el mito, que convierte su sombra en islas habitadas de idealismo.

Nada desde los tristes muros continuamente levantados, inútilmente protegidos por espirales de verdad y de denuncia, recuerdan el orden preciso y arrogante de su escritorio.

Nada.

Pero ahí está como una música callada, como la melodía de venganza que ni los motores contaminan, a pesar del tiempo, a pesar del olvido.

Sobre el escritorio permanecen al lado de la pluma roja sus últimas palabras escritas sobre la biografía de Stalin, líneas cortantes como el filo de las verdades no deseadas, aquellas que uno nunca hubiera tenido que escribir.

Libros de consulta, diccionarios y las obras completas de Lenin en las estanterías, miradas y sueños de otros tiempos, de aquellos que aún se recuerdan con las sonrisas de la esperanza.

Un calendario marca las citas que nunca se dieron la mano, los compromisos que se quedaron vacíos en el aire de la espera, las hojas amarillas y los números inútiles de los días.

En el estuche se intuyen sus gafas, la circunferencia de una mirada que un día conmovió al mundo, que le sigue poniendo delante de los ojos un espejo de figuras espantosas, monstruos que se multiplican en las promesas proletarias, en la traición perpetua a la hoz y al martillo.

Una vieja caja permanece cerrada, misteriosa, silenciosa encima del escritorio, y dos lapiceros siguen tranquilos en un bote negro de ausencias.

El dictáfono Edison Dictating Machine, se quedó mudo y mudo ha permanecido hasta hoy, en una negrura insolente, en un silencio atronador a los cuatro vientos.

Un flexo apagado que un día llenó de sombras el estudio mientras marcaba el ritmo frenético de la pluma roja de Trotski sobre el papel.

La luz entra por la ventana, por las rendijas de los ladrillos, frontera inútil, una vez más, de los miedos del pasado.

Y aquí, en el aire de su estudio, sigue su grito.

Y aquí su denuncia, la enmudecida tos del destino.

Y aquí permanece el polvo de los miles de visitantes que día a día se va posando sobre el recuerdo de la historia.

Miles y miles de turistas, de caras y acentos anónimos que, como yo, turista accidental en el triángulo mexicano de los mitos, no pueden dejar de preguntarse sobre una vida que gozó de pleno sentido en el instante del asesinato.

Una vida condenada a la tortura del silencio, y de los equívocos lacerantes de la palabras y que, en su asesinato, se recuerda por su grito, por ese grito que desde entonces no ha dejado de romper tímpanos y conciencias.

Y aquí, en este instante, la vida cobra todo su sentido.

Como si antes de aquel grito, todo hubieran sido sombras, revolución permanente confiscada por los datos de una biografía, anulada en los gestos de una vida exiliada, incierta, robada, una vida que solo muchos años después se ha llenado de palabras.

Delante del escritorio immaculado,

el escritorio perdido en la espiral suicida de nuestros tiempos, grises y agotados.

Delante del escritorio congelado en su último instante de vida, petrificado por la mirada de acero de la historia,  
me descubrí diciéndome entre labios, apretando los puños:

*Algún día escribiré sobre este instante.*

*Algún día recuperaré en versos los últimos días de Trotski.*